

Título:

“Miquiño mío”. Cartas a Galdós

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2020

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: marzo de 2013

Segunda edición: mayo de 2013

Tercera edición: febrero de 2020

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Diseño TURNER

Edición, prólogo y notas: © Isabel Parreño y Juan Manuel Hernández, 2013

Imágenes: Biblioteca Nacional, Casa-Museo Pérez Galdós, Real Academia Española, Real Academia Galega y Washington Library

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ISBN: 978-84-17866-60-0

DL: M-1930-2020

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Prólogo	9
Sobre la primera edición	39
Sobre la tercera edición	43
I Cartas 1883-1887. Inicios y consolidación de la amistad	45
II Cartas 1888-1889. Amor, ruptura, reconciliación	85
III Cartas 1890-1915. Distancia, amistad	175
Cronología	217
Bibliografía	229

PRÓLOGO

*Mira, hija mía, los hombres somos muy egoístas,
y si te dicen alguna vez que hay cosas que pueden hacer
los hombres y las mujeres no, di que es mentira,
porque no puede haber dos morales para dos sexos.*

JOSÉ PARDO BAZÁN

MARINEDA*

Todo empezó en la coruñesa calle Tabernas. Allí se trasladó la familia de Emilia poco después de que ella naciera –el 16 de septiembre de 1851– y allí hojeé por primera vez un ejemplar que contenía parte de su epistolario con Galdós. La Casa-Museo Emilia Pardo Bazán, situada en la primera planta de lo que fue el amplio caserón familiar, acoge hoy una pequeña muestra de la plenitud vital y artística de su dueña. Poco o nada sabía de Emilia en aquel entonces. Su figura rechoncha, embutida en plumas o tules fantásticos, como aparecía retratada por los pintores de la época, me seguía devolviendo esa imagen plana de los libros de texto o las contraportadas de sus novelas. Contemplé algunas de las exquisiteces que allí se mostraban con una ligera y superficial curiosidad. Desconocía la pasión de Emilia por los abanicos, que coleccionó durante toda su vida, o ese gusto de casa grande por el detalle decorativo, las tallas de ébano, las delicadas porcelanas francesas, las mesitas orientales lacadas, el emblema de la familia coronando vajillas y cristalerías...

No podía saber que tras las dedicatorias de algunos escritores exhibidas en las páginas abiertas de varios de sus libros, bullía una historia intensa de respeto, odio disimulado o simplemente amor. A las

* Nombre literario de la ciudad de A Coruña en las obras de Emilia Pardo Bazán.

caligrafías esmeradas de Blasco Ibáñez (“A la Sra. Pardo Bazán, un admirador”) o Rubén Darío (“A mi ilustre amiga D. Emilia Pardo Bazán, con todo respeto y afecto”) se unían opiniones que, con una sonrisa, imaginé dentro del natural intercambio de parabienes propio de la cortesía masculina de la época: “(...) lo que avalora es el talento poderoso y el mágico estilo de la escritora y novelista que tan alto puesto ocupa en las letras españolas. La verdad que es cosa que a todos maravilla que una mujer posea aptitudes tan relevantes en todos los órdenes” (Benito Pérez Galdós).

Desde la ventana del pequeño estudio, como enmarcada en un cuadro, se veía la iglesia de Santiago. En la pared contigua, una cita de Emilia llenaba el espacio muerto:

Por el otro lado (...) orientado al naciente, la virazón marítima calla y no se oye más que el goteo argentino de la lluvia en los cristales. Pero se ve –tan cerca que se me viene encima, que me parece estarla tocando (...)– la fachada gótica de la iglesia de Santiago (...), gris y pálida, con su cornisa cuarteada por el peso de los años, su pórtico de arco apuntado, señalando ya la ojiva, y sus dos santos de piedra que sostienen el arco y se miran inmóviles, siempre desde la misma distancia, a guisa de almas enamoradas que no pueden jamás reunirse (*De mi tierra*, 1888).

Resultaría fácil decir que fue como una premonición. En 1888, la relación entre Emilia y Galdós estaba en su momento más intenso, aunque con las dificultades propias que el secreto obligado imponía. La descripción de la iglesia, la comparación de las figuras con amantes que no pueden reunirse, tal vez le resultase evidente. Pero en mi primera visita a Marineda yo desconocía esos detalles. En la reconstrucción del estudio, con algunos muebles supervivientes al expurgo del tiempo y de la historia, no encontré ninguna huella de vida: escritorios pulidos, fotografías en perfecto orden, objetos sin futuro y casi sin pasado.

Es cierto que en los objetos no permanece de su dueño más que lo que nuestra imaginación quiera añadir. La costumbre de conocer las

casas de los escritores tiene que ver más con el visitante que con la indagación sobre la vida de los autores. ¿Qué pueden descubrirnos el bastón de Joyce detrás de una vitrina, las gafas oscuras de Yeats o la pluma con la que, según nos dicen, escribió Lope de Vega? ¿Aprenderíamos algo de las piedras que Virginia Woolf se metió en el bolsillo, si pudiéramos verlas? La emoción del reconocimiento ante la vista de tales objetos no emana de ellos mismos, sino de nuestro mayor o menor grado de conocimiento de la obra o la vida de sus propietarios.

En aquella primera visita, el retrato de su hijo Jaime no escondía los desvelos de su madre ante las persistentes fiebres que le aquejaron en varias ocasiones, ni el interés de doña Emilia por la educación –del que dejó buena muestra la correspondencia con Giner de los Ríos–, y mucho menos el orgullo mal disimulado cuando se trataba de hablar de los logros académicos del chico o de su admiración compartida por las novelas de Galdós. No había para mí ningún eco de las palabras de don José Pardo prendido en los cortinajes, palabras que sin duda reverberaron en el corazón y la cabeza de su hija durante toda la vida. ¿Cómo explicar si no la tenacidad de la escritora en demostrar que la razón debía estar siempre del lado de la inteligencia y que la inteligencia no tiene sexo? Don José, de mirada serena, mofletudo, luciendo el abundante bigote de la distinción decimonónica, no puso trabas al desarrollo intelectual de su única hija. La vasta biblioteca de los Pardo Bazán, superviviente a saqueos e incendios y en la actualidad donada a la Real Academia Galega, es un reflejo de lo que en su momento debió alimentar el espíritu de la joven Emilia.

Fotografías de Marinada, citas de sus obras, revistas y publicaciones de la época fueron cerrando aquel superficial recorrido por el universo Pardo Bazán. Ni siquiera reparé demasiado en el manuscrito de la primera crítica literaria que Emilia hizo a las novelas de Galdós. Su letra diminuta, redondeada por el esmero de la caligrafía serena, fue una curiosidad más y no el testimonio significativo del inicio de una amistad duradera y profunda. No pude comparar esas líneas cuidadas con el apresurado trazo de las notas a “miquiño”, o la relajada soltura

de las líneas dedicadas al “amigo del alma” donde se desgranarían preocupaciones, confidencias, reflexiones íntimas, sueños y deseos.

A la salida, en una estantería pequeña, entre las reediciones modernas de *Los Pazos de Ulloa*, *Insolación* o *La Tribuna*, encontré el libro de Bravo-Villasante *Cartas a Galdós*. Era un ejemplar manoseado y algo viejo de una correspondencia incompleta. Mientras pasaba las páginas, las palabras empezaron a revolotear en mi cabeza:

Querido y respetado maestro: las pocas veces que veo letra de V. son para mí días de fiesta entera.

Amigo del alma, ante todo, no llores caridad a lo que es acendrada ternura.

¡Qué salto, qué brinco desde las alturas filosóficas hasta el tempestuoso océano de las pasiones de los afectos y las batallas de la vida!

Ante la moral oficial no tengo defensa, pero tú y yo se me figura que vamos un poco para nihilistas en eso.

Necesito un poco de serenidad para trabajar sin desaliento. Me he propuesto vivir exclusivamente del trabajo literario.

Miquiño, haz por dormir y no fumes mucho.

Fragmentos incompletos de una vida que empezó a materializarse, más allá de la literatura o de los objetos exquisitos. La emoción que no había encontrado en aquellos espacios, vacíos de historia para mí, llegaba ahora de la mano de unas palabras que me harían transitar bibliotecas y archivos, con el afán imposible de recuperar los matices de una historia prendida entre las líneas de una correspondencia olvidada.

MANTUA*

UNO

La Biblioteca Nacional se encuentra en un edificio dieciochesco, cuyos cimientos parecen asentados, más que en la tierra, en la solidez de los siglos. Perdida en aquel laberinto de pasillos, busco los manuscritos de unas cartas que Emilia dirigió a Galdós y que fueron publicadas de forma dispersa en varias revistas, entre 1980 y 1990.

En 1869 don José Pardo Bazán es nombrado diputado a Cortes y toda su familia, incluida Emilia y su flamante esposo José Quiroga, se traslada a Madrid. No es la primera vez que residen en la capital. Debido a la actividad política de su padre, la pequeña Emilia ya había dejado atrás Marineda en otras ocasiones. Desde los seis hasta los nueve años había tenido el privilegio de formarse en la escuela de señoritas de madame Lévy. Pinceladas de francés o mitología compartían horario escolar con urbanidad, costura o religión, todo lo que una señorita de la época necesitaba para disimular la zafiedad de la ignorancia extrema, sin caer en la aberración del desarrollo intelectual, vedado por aquel entonces al sexo femenino. Como recordará Emilia en sus *Apuntes autobiográficos*, el mayor acercamiento a la ciencia de aquellos años consistió en observar un eclipse a través de un cristal ahumado.

Lectora voraz desde la más tierna infancia, es de suponer que su “alma de varonil latir”, como confiesa en sus primeros versos adolescentes, se rebelase contra esta situación. De regreso a Marineda, proseguirá con las lecturas de héroes clásicos y cruzados, de las revistas ilustradas que llegaban a casa, de los versos de Zorrilla. Descubrirá los tesoros de las bibliotecas de amigos de la familia –entre otras, la de la ilustre Juana de Vega–, donde por primera vez paladeará el placer de lo prohibido en las novelas románticas de Victor Hugo, Dumas o George Sand.

* Nombre que Emilia Pardo Bazán le da a la ciudad de Madrid en algunas cartas a Galdós.

Hasta el nacimiento de Jaime en 1876, el joven matrimonio viajará continuamente por Europa, siempre bajo la protección y cobertura de don José Pardo Bazán. Si bien los primeros viajes respondían a un deseo de don José de poner tierra por medio, ante el agitado ambiente político tras la abdicación de Amadeo de Saboya, el conocimiento de otros países y otras culturas avivará la inquietud intelectual de su hija y reafirmará su vocación de escritora. Museos, monumentos, teatros, paisajes y costumbres empiezan a llenar las páginas de los cuadernos de viaje de Emilia. Sus horizontes lectores se amplían a Shakespeare o Byron, a los que lee en inglés. El interés posterior por la filosofía, inspirado de la mano de sus amigos krausistas, le hará aprender alemán y rendirse más adelante ante los versos de Goethe o Heine. En estos años comienza también su interés por los narradores españoles: Pereda, Valera y el mismo Galdós.

El ansia de saber de la joven Emilia se extiende hasta el ámbito científico en el que indagará guiada por su estimulante amistad con Augusto González Linares, por aquel entonces catedrático de Biología en la Universidad de Santiago y cercano al círculo de Giner de los Ríos. La admiración por el método científico y su deseo de vincularlo de alguna manera al arte se materializarán, años después, en el naturalismo literario de la escritora.

El ímpetu con el que doña Emilia acometió la tarea de su formación intelectual denotaba una naturaleza inquieta, entusiasta y, por supuesto, nada convencional para la época. Su empeño autodidacta resultó extraño, admirable o irritante para sus coetáneos varones que no debían enfrentarse a los obstáculos académicos, familiares y sociales con los que se encontraba una mujer en el siglo XIX.

No resulta difícil imaginar a Emilia, ya adulta, escritora reconocida, desvinculada del lazo conyugal, aliviada por su madre de las cargas domésticas, consumir largas horas en este mismo lugar donde consultó sus cartas. Madrid –además del centro de una agitada vida social– será para la coruñesa el punto de encuentro con los intelectuales, con el mundo editorial o académico, y también la oportunidad de recluirse en la Biblioteca Nacional con un universo de conocimiento a su alcance. Desde Madrid partirá hacia la capital francesa, donde

pasará largas temporadas una vez al año. En París tomará contacto con los escritores naturalistas, conocerá a Zola, a Edmond Goncourt, participará en las tertulias literarias y regresará con la maleta llena de “cuestiones palpitantes”.

La carpeta que me traen a la mesa no abulta demasiado. Contiene un montoncito de correspondencia, tarjetas de invitación, avisos, agradecimientos... No lo había pensado antes, pero al pasar las hojas envejecidas me doy cuenta de que en este acto hay algo de pequeña intromisión. Los epistolarios publicados no parecen exponer de forma tan descarnada la intimidad de quien los escribió. La letra impresa, aséptica y ordenada, neutraliza en cierta forma este palpito vital que se adivina en una línea torcida, un dibujo, un añadido de última hora con caligrafía temblorosa. Acceder a la correspondencia más personal, reveladora de pasiones íntimas, concebida con la sincera relajación de la confianza y pensada para esquivar la posteridad, acaba dejando la ligera inquietud de haber quebrantado un secreto.

De las cinco cartas a Galdós que encuentro en esta carpeta, dos llevan acuñada en relieve una pequeña corona, con restos de lo que debió ser una pátina dorada. En otra de las cartas, el sello de la condesa con el lema *De bellum luce* preside la cuartilla, imponente, revelador, esperanzado: una luz en la batalla. Paso el dedo por el relieve desvaído, arrastrando las últimas partículas de un tiempo demasiado lejano. Los detalles exquisitos que tanto parecen gustarle a doña Emilia sobreviven incrustados en las palabras, como restos de un mundo que se niega a desaparecer del todo. No resulta difícil imaginar a Emilia sentada, tal vez en esta misma mesa, embebida en la lectura de los narradores rusos, tachando y recomponiendo su próxima conferencia en el Ateneo o garabateando una nota a Galdós para confirmar una cita secreta; tal vez, siempre tal vez, la misma nota que yo sostengo entre mis manos mientras me lanzo al juego improbable del azar.

Pero mi tiempo también se agota. Recojo mis anotaciones y devuelvo la carpeta en el mostrador. Ya no queda nadie en las mesas y un crujir de sedas que se arrastran por el suelo me acompaña, conspirador, hasta la salida.

DOS

Un sordo murmullo llegaba hasta la parte alta, traspasaba las barandillas y las macizas puertas de la biblioteca del Ateneo donde Emilia repasaba su conferencia. Aunque no era la primera vez, el lugar, el tema y la expectación del auditorio le hacían sentir el peso de una responsabilidad que solo se aliviaría con un sonoro triunfo. Con una mano redonda y blanquísima se compuso levemente el cabello, más como un gesto de mecánica feminidad que por necesidad. El pequeño broche de brillantes que recogía un mechón en la sien era prácticamente perfecto: elegido para la ocasión, poseía la belleza serena de las joyas valiosas.

El momento había llegado. Recordó las palabras de su amigo Castelar cuando se le quebró la voz hacía ya algunos años, en su querida Marineda: respirar profundamente al final de cada párrafo, subrayar la palabra clave, mirar a la concurrencia al exponer una idea importante, mantenerse erguida, calmada y con mucha sangre fría. Ya vendrían el ardor y la vehemencia.

Gumersindo Azcárate asomó su bigote relamido por la puerta.

—No cabe ni un alfiler. Han abierto las puertas para acomodar a la gente que se ha quedado sin sitio. Hay una hilera de curiosos que llega hasta la calle. Y en el salón, todos: Fe, Calcaño, Luis Alfonso... en fin, todos... Galdós está en la primera fila.

Emilia sonrío. Levanta con delicadeza la cola de su vestido para girarse hacia su interlocutor; el brillo de los azabaches sobre la seda negra impone el respeto y la admiración de una elegancia adinerada. Azcárate le ofrece su brazo, ella recoge sus lentes de concha de la mesa, las cuartillas escritas con letra diminuta y, con una leve inclinación de cabeza, acepta la galante invitación:

—Pues no les hagamos esperar más.

En la primavera de 1887, Emilia Pardo Bazán pronuncia en el Ateneo madrileño una conferencia sobre los narradores rusos, a los que había tenido oportunidad de estudiar y leer con auténtica admiración. No es

la primera mujer que se sube al estrado de los conferenciantes en esta institución, pues ya lo había hecho en 1884 la escritora progresista Rosario de Acuña. Sin embargo, la actualidad del tema elegido y la arrolladora personalidad de doña Emilia despiertan la expectación de admiradores y detractores.

Entre las opiniones más elogiosas, la de Galdós, a quien dedicará un ejemplar de las conferencias (“A mi querido amigo Benito Pérez Galdós. La autora”). Entre las menos positivas, la de Valera, que criticó la superficialidad de sus planteamientos y el haber leído a los autores en la versión francesa. A pesar de todo, el ansiado reconocimiento como escritora parece haberle llegado finalmente en estos años.

Ni siquiera en las críticas más despiadadas con las que Emilia tuvo que enfrentarse a lo largo de su vida se cuestionó su talento literario. ¿Qué le faltó entonces para contar con el aplauso incondicional de sus colegas de profesión? En su crítica a *Los Pazos de Ulloa*, Clarín afirma que ve en la escritora:

... a la gran curiosa, a la sabia y erudita, a la dueña del idioma, a la maestra del estilo, a la dama de aptitudes universales, (...) a la dama que pinta, la dama que tiene correspondencia con medio mundo literario, la dama que viaja, la dama que examina bibelóts en un bazar y pergaminos en una biblioteca, la crítica insigne, la novelista graciosa, discreta, perspicaz y con cien colores en la pluma... (...) *ma la gloria non vedo*.

Clarín, como muchos de sus contemporáneos, a pesar de tratarse de hombres ilustrados y progresistas, cree con firmeza que en el orden intelectual la mujer jamás podrá igualarse al hombre. A la condición femenina le está vedada la capacidad de penetrar en lo más profundo, sórdido o despreciable del alma humana, porque esa labor “es obra de groseros varones”. Sin esa capacidad, por tanto, ninguna mujer alcanzará la gloria en un olimpo esencialmente masculino. No se trataba pues de la religiosidad *sui generis* de Emilia, de su condición social acomodada, de su carácter alegre y vital, de

sus gustos excéntricos o de cierta frivolidad mundana, características que le achacaron, en numerosas ocasiones, como impedimentos para desarrollar su tarea de escritora. Se trataba, sencilla y claramente, de su sexo.

En estas circunstancias solo había un camino posible. “Lo dicho, esta especie de transposición del estado de mujer a hombre es cada día más acentuada en mí, y por eso no tengo tanta zozobra moral como en otro caso tendría. De los dos órdenes de virtudes que se exigen al género humano, elijo las del varón... y en paz”.

Es de suponer que la decisión de Emilia de luchar contra su propia naturaleza la dejase expuesta no solo a la indignación de muchos, a la más abierta incompreensión, sino a las críticas más despiadadas y, en no pocas ocasiones, al mezquino insulto personal. Una caricatura que circulaba en los periódicos de la época mostraba a la escritora en ropa interior, calzándose unos pantalones. Sin embargo, doña Emilia nunca rechazó las polémicas literarias o políticas en las que se vio envuelta con frecuencia, y esgrimió sus argumentos, con mayor o menor suerte, siempre desde la honradez de sus propias convicciones. Pero, como le reconoce a Galdós con cierta amargura: “En este desgraciado país, incapaces los hombres de equipararse a las mujeres, se dedican a difamarlas”.

En la transposición hacia los valores exigidos al varón se encuentra el fundamento de su lucha para conseguir la igualdad de hombres y mujeres. El ser humano, para doña Emilia, no tiene sexo. Los derechos que amparan al individuo en la sociedad no pueden excluir a las mujeres. La consideración del sexo femenino, por tanto, debía cambiar: “Lo único que creo que se debe en justicia a la mujer es la desaparición de la incapacidad congénita con que la sociedad la hiere. Iguálense las condiciones, y la libre evolución hará lo demás”.

Doña Emilia reclama para la mujer la consideración en sí y para sí misma, no en función de su relación con los otros, como madre, esposa o hija. A partir de 1889 una parte importante de sus ensayos cobrará un marcado enfoque feminista. En este año ven la luz en *La España Moderna* dos artículos significativos: el primero, en alusión al

rechazo de la candidatura de Gertrudis Gómez de Avellaneda a la Real Academia Española, debido a su condición femenina. El segundo, titulado “La mujer española” y publicado con anterioridad en una revista inglesa, analiza la consideración de la mujer en España atendiendo a diversas clases sociales.

También en el *Nuevo Teatro Crítico*, publicación que funda y luego escribe en su totalidad, Emilia va a denunciar las carencias formativas de las mujeres debidas al nefasto sistema educativo español. Estas diferencias en el acceso a la educación serán para la escritora la causa principal de la marginación femenina. Entre los muchos artículos y conferencias que escribió en estos años tampoco obvió temas controvertidos, como la hipocresía de la sociedad en su consideración de la moral masculina y femenina. O el rechazo de la maternidad como única misión de las féminas en la tierra: “Todas las mujeres conciben ideas, pero no todas conciben hijos. El ser humano no es un árbol frutal que solo se cultive por la cosecha”.

En 1892 Emilia fundará la Biblioteca de la Mujer, con títulos como *La esclavitud femenina* de John Stuart Mill o *La mujer ante el socialismo* de August Bebel. Si bien esta iniciativa respondía a la intención de conseguir la paulatina toma de conciencia femenina de su condición marginal en la sociedad, no obtuvo la repercusión que esperaba. La colección termina con varios volúmenes sobre cocina y Emilia declara con irónica desilusión: “Cuando yo fundé la Biblioteca de la Mujer, era mi objeto difundir en España las obras del alto feminismo extranjero (...). He visto, sin género de duda, que aquí a nadie le preocupan gran cosa estas cuestiones, y a la mujer, aún menos. Cuando por caso insólito, la mujer se mezcla en política, pide varias cosas asaz distintas, pero ninguna que directamente, como tal mujer, le interese y convenga. Aquí no hay sufragistas, ni mansas ni bravas. En vista de lo cual, y no gustando de luchas sin ambiente, he resuelto prestar amplitud a la sección de economía doméstica de dicha Biblioteca, y ya que no es útil hablar de derechos y adelantos femeninos, tratar gratamente de cómo se prepara escabeche de perdices y la bizcochada de almendra”.

A pesar de necesitar ese “ambiente” de lucha del que dice carecer, doña Emilia nunca abandonará sus convicciones y su espíritu com-

bativo. Será precisamente en el Ateneo donde consiga sus más gratificantes éxitos en la lucha por la igualdad del género femenino. En 1897 le conceden una cátedra para impartir un curso sobre literatura contemporánea. En 1905 se convierte en la primera mujer socia de número de la institución, con voz y voto. Como declara el artículo del periódico *La Época*:

Cierto que no había razón alguna para que la ilustre escritora que, desde la cátedra de aquella docta Corporación, ha dejado oír su voz autorizada explicando lecciones de literatura, no pudiese disfrutar del derecho a ser incluida en el número de socios del Ateneo. La inteligencia no tiene sexo, y la de la señora Pardo Bazán es de aquellas que no solo honran a la Corporación que le abre sus puertas, sino al país entero, que la mira como a uno de sus más insignes hijos.

Tan solo un año después, la dirección del Ateneo la nombrará presidenta de la Sección de Literatura. En 1910 obtendrá el cargo de consejera de Instrucción Pública y en 1916 el de catedrática de Literatura Contemporánea y Lenguas Neolatinas de la Universidad Central de Madrid. Todos estos nombramientos, además de suponer una evidente satisfacción personal, constituirán para doña Emilia el inicio de un camino que quiso abrir con su propio ejemplo.

Aunque en el Ateneo me informan de que gran parte de los fondos bibliográficos que podrían interesarme se quemaron durante la Guerra Civil, no me resisto a curiosear por sus salones. La biblioteca parece respirar un aire de otra época. En realidad, todo parece flotar en un universo paralelo donde se haya abolido el tiempo. Anaqueles ordenados se pierden en la oscuridad del alto techo, maderas nobles en las mesas, lámparas concentrando su luz sobre dos o tres personas absortas en el estudio. Imagino con una sonrisa lo que debía suponer, en medio de este beatífico sosiego, escuchar a doña Emilia tecleando incansable en su máquina de escribir. Como recuerda Gómez de la Serna, su tenaz golpeteo en el silencio de la biblioteca parecía granizo repiqueteando en la claraboya.

Me asomo al recoleto salón de actos, a la Cacharrería –animado centro de tertulias–, a las salas de conferencias... Todo está vacío y semioscuro, es algo tarde. Al salir, me detengo un instante en la galería de retratos. Incrustados en paneles de madera oscura que cubren ambos lados, inmortalizados en su imagen más imperecedera, los que supongo grandes hombres. La oscuridad difumina sus rasgos entre los que apenas distingo barbas recortadas, bigotes en punta, rebeldes pelambreras o calvas ilustres, levitas negras, uniformes, bandas honoríficas, condecoraciones, miradas desafiantes, tristes o graves, poses circunspectas. Entre todos ellos, solo una mujer: doña Emilia Pardo Bazán.

TRES

El palacete de Parque Florido parece haber encontrado un oasis de quietud en medio de la capital madrileña. En un recodo del jardín, dos hileras de naranjos conducen al interior del edificio que alberga la biblioteca de la Fundación Lázaro Galdiano.

La Fundación se halla en lo que fue el domicilio personal de José Lázaro Galdiano, bibliófilo, coleccionista de arte, editor, mecenas, hombre culto y de singular atractivo. Los retratos de la época nos muestran a un varón corpulento, erguido, de porte principesco, vestido con levita, camisa almidonada, guantes y flor en el ojal. Su rostro revela un perfil helénico, como de moneda o sello, y la mirada desafiante parece posarse en la desconocida posteridad. Todo en él, desde su pulcritud orteguiana hasta la repeinada barba, emana una notoria distinción.

En mayo de 1888 Lázaro Galdiano, como secretario de la Exposición Internacional de Barcelona, conoce a Emilia Pardo Bazán. El flechazo sentimental e intelectual viene propiciado por el delirio voluptuoso de la costa mediterránea, en la que ambos desaparecen durante tres días: “Con un clima meridional, un cielo de terciopelo azul, un mar digno de Nápoles y una lluvia de flores, de ginesta, de embriagador aroma que cae de todos los balcones e inunda el suelo,

y para más la temperatura y la atmósfera recordando aquellos versos de Musset: *poète, prends ton luth: le vin de la jeunesse fermente cette nuit dans les veines de Dieu...*”*

La relación amorosa será breve, pero la colaboración y la amistad entre ambos se mantendrán a lo largo de los años. Tiempo después, ya instalado en Madrid, Galdiano funda la revista *La España Moderna*, que Pardo Bazán apoyará con entusiasmo.

Pero en la primavera de 1888, la amistad de Galdós y Emilia había traspasado ya los umbrales de la relación íntima. Unos meses después del fugaz encuentro en Barcelona, Emilia responde a una carta del escritor en la que él parece enterado de lo sucedido con Galdiano: “Perdona mi brutal franqueza. La hace más brutal el llegar tarde. Y no tener color de lealtad. Nada diré para excusarme, y solo a título de explicación diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos fruto de circunstancias imprevistas. Eras mi felicidad y tuve miedo a quedarme sin ella. Creía yo que aquello sería para los dos culpables igualmente transitorio y accidental. Me equivoqué: me encontré seguida, apasionadamente querida, y contagiada. (...) Perdóname el agravio y el error, porque he visto que te he hecho mucho daño”.

La sinceridad y humildad de Emilia, el profundo dolor con el que lamenta haberle causado algún daño a Galdós y la verdad de su amor, conmueven al escritor que confiesa sentirse enfermo y necesitado de su irremplazable afecto. Lo cierto es que, a pesar de que ninguno de los dos deseaba la ruptura de una relación en la que se combinaban la admiración intelectual y el entusiasmo amoroso, la reanudación de su idilio se teñirá de una melancólica nostalgia del pasado.

Quizás resulte muy difícil explicar los afectos de Pardo Bazán, sobre todo aquellos que derivaron hacia un sentimiento amoroso más profundo, sin vincularlos a la admiración intelectual o artística, al contagio vital emprendedor. Es muy curioso comprobar cómo la relación de Emilia y Galdiano aparece mencionada en muchas ocasiones como la

* “Poeta, toma tu laúd: el vino de la juventud fermenta esta noche en las venas de Dios”.

“infidelidad” de la escritora, cuando por aquellas mismas fechas Galdós ya se escribía con Lorenza Cobián, con la que tendrá una hija en enero de 1891. La doble moral exigida por la sociedad no parece convencer a Emilia: “Pero ahí tienes tú lo que sois los hombres. Os parece más ridícula que ninguna la situación de José, y sin embargo queréis que nosotras seamos unas estatuas de piedra berroqueña, insensibles a las influencias del medio ambiente, la noche y la ocasión. ¡Ah pícaros!”.

La escritora, es de suponer que con el escándalo de buena parte de sus contemporáneos, se reconoce como una persona de “desatadas pasiones” y sensible a la belleza masculina. En algunas de sus cartas más íntimas, y en correspondencia con su carácter vital y saludable, se muestra como una mujer de sexualidad activa que se expresa con plena libertad. Tampoco es infrecuente encontrar en sus relatos jugosas descripciones del atractivo masculino, como en la simpática confesión de Asís, la protagonista de *Insolación*:

Ya que estoy dialogando con mi alma y nada ha de ocultarse, la verdad es que en lo cordial de mi saludo entró por mucho la favorable impresión que me causaron las prendas personales del andaluz. Señor, ¿por qué no han de tener las mujeres derecho para encontrar guapos a los hombres que lo sean? (...). Si no lo decimos, lo pensamos, y no hay nada más peligroso que lo reprimido y oculto, lo que se queda dentro. En suma, Pacheco, que vestía un elegante terno gris claro, me pareció galán de veras. (...) Yo también, a hurtadillas, procuraba enterarme de los más mínimos ápices de la cara de Pacheco. No dejaba de llamarme la atención la mezcla de razas que creía ver en ella. Con un pelo negrísimo y una tez quemada del sol, casaban mal aquel bigote dorado y aquellos ojos azules (...). ¿Cuándo se verá en ningún inglés un corte de labios sutil, y una sien hundida, y un cuello delgado y airoso como el de Pacheco? Pero al grano: ¿pues no me entretengo recreándome en las perfecciones de ese pillito?

Sin embargo, para Emilia, este aliciente físico debía unirse a la afinidad espiritual, a la comunicación intelectual y al goce artístico

compartido para convertirse en una verdadera pasión amorosa. En esas circunstancias, el amor se convierte para ella en uno de los más nobles sentimientos, capaz de enaltecer el espíritu humano y de vencer todos los obstáculos sociales e incluso las más estrictas imposiciones morales. Después de la reconciliación y del viaje a Alemania con Galdós, le escribe: “Nada eleva el espíritu como el amor: estoy convencida de que de él nacen no solo las más bellas acciones, como opina Dante, sino el fuego artístico. (...) Le hemos hecho la mamola al mundo necio, que prohíbe estas cosas; a Moisés que las prohíbe también, con igual éxito; a la realidad, que nos encadena; a la vida que huye; a los angelitos del cielo, que se creen los únicos felices porque están en el Empíreo con cara de bobos tocando el violín... Felices, nosotros. ¡Ay!”.

Por su formación, por su carácter, doña Emilia es una mujer que contempla la vida de manera amplia, libre de prejuicios. Alejada de toda zozobra moral, se muestra comprensiva con las debilidades humanas y no parece preocuparle el escándalo que pudieran causar sus consideraciones.

Pero el sentimiento amoroso en doña Emilia, ribeteado de apasionado romanticismo, tampoco podría entenderse si obviamos esa otra parte más pragmática de su carácter, de su irrenunciable independencia. En algunas de las cartas a Galdós, ante lo que debieron ser quejas de enamorado por considerar algo “pálidas” o breves algunas de sus misivas, Emilia se apresura a hacerle notar, con dulce energía, la escasez de tiempo disponible ante las ocho horas de trabajo diario, imprescindibles para mantener su emancipación económica. Del mismo modo, cuando doña Emilia dispone del dinero familiar, una vez fallecido su padre, decidirá invertirlo en su propia publicación, el *Nuevo Teatro Crítico*, en lugar de asociarse con su viejo amigo Lázaro Galdiano.

Lo que para algunos resultarían contradicciones, para la escritora son, por un lado, la lógica consecuencia de su transposición moral a los valores masculinos de la época, y por otro, la exaltación del sentimiento artístico culminado en la pasión amorosa.

Es muy posible que la Fundación esconda tesoros inéditos en sus archivos, aunque el tesoro que me ocupa en esta ocasión es el libro de poemas *Jaime*, que Emilia dedicó a su amigo Galdiano y que mandó encuadernar con la piel de un guante. Es un libro diminuto, como un misal, que el archivero trae dentro de una cajita. Un objeto singular, con la delicada foto del niño en una ventanita que se abre en su interior y la caligrafía de Emilia que empiezo a reconocer: “A José Lázaro Galdiano. Este ejemplar va encuadernado con un guante mío y con la intención le acompaña la mano que vistió el guante y escribió los versos. Emilia”.

Blanco, con una franja roja que atraviesa la portada, el libro está desgastado por los años y el uso, aunque posiblemente no como libro, sino como la refinada prenda que Emilia tuvo a bien sacrificar para un detalle tan revelador de su afecto. Esta vez sí, manoseo el librito, imaginando el brazo gordezuelo de Emilia en el Teatro Real, subiendo a un coche, saludando a un conocido, cerrando la puerta de una alcoba...

CUATRO

Al archivo de la Real Academia Española se accede por una puerta lateral y discreta. Allí esperaban, después de algo más de un año de indagaciones, obras de rehabilitación en el edificio y permisos necesarios, los manuscritos de las cartas más conocidas entre doña Emilia y Galdós, las mismas que había leído por primera vez en la vieja edición de Villasante en mi visita a Marineda. Algunos hechos acaban por encadenarse de una forma tan extraña que a nuestra fantasía le cuesta señalarlos como simple coincidencia. Las palabras que habían tirado de mí hacia la historia de Emilia y Galdós cerraban ahora un episodio de búsqueda y verificación. ¿Qué pensaría doña Emilia si supiera que su más íntimo pensamiento sería custodiado por la institución que le había causado tantos sinsabores?

Una buena parte de la correspondencia de principios de 1889 está centrada en la llamada “cuestión académica”, en parte por el interés de ambos escritores en acceder a la institución, en parte por la transitoria

ruptura del vínculo amoroso –no así de la amistad– después del episodio de Lázaro Galdiano.

A finales del año anterior se había dado por segura la entrada del escritor canario en la Real Academia Española. Sin embargo, su candidatura fue rechazada a pesar de contar con ilustres padrinos como Valera y Menéndez Pelayo. En enero muere un académico y Emilia aplaude la decisión de Galdós de no presentarse en esa nueva ocasión. Para ella resultaban humillantes las intrigas que habían privado al mejor novelista español de un merecido sillón. Será en abril cuando se producirá otra vacante y, pese a las reticencias de Emilia y sus consejos en sentido contrario, Galdós se presenta amparado en los sólidos apoyos con que asegura contar en este momento. Finalmente, en junio de este mismo año, será nombrado académico, aunque no tomará posesión hasta 1897.

Para doña Emilia, en cambio, el trato con “los inmortales” supondrá un nuevo frente de lucha y una amarga fuente de disgustos. Ya en 1886 habían circulado varios rumores que señalaban su nombre como posible candidata a la Academia. En febrero de 1889, *El Correo* publica unas cartas inéditas de Gertrudis Gómez de Avellaneda, escritas en 1853, en las que solicitaba entrar en la Real Academia Española por méritos literarios, aunque su petición fue denegada. El encabezado que acompaña a dichas cartas, firmado por F. Vior, enoja especialmente a Pardo Bazán:

Sr Director del Correo:

Querido amigo: le remito esas cuatro cartas de la Avellaneda, escritas allá por el año 53, pretendiendo, con el calor que inspira la conciencia de los propios merecimientos, el sillón vacante de la Academia Española, por muerte del secretario perpetuo D. Juan Nicasio Gallego.

A pesar de que en aquellos tiempos no se traslucía tan fácilmente como hoy lo que pasaba en la casa de la calle Valverde, tengo para mí que la doña Gertrudis, avezada en las mañas conventuales, se arreglaba a las mil maravillas para enterarse de las cábalas y deliberaciones de los inmortales.

No sé en qué se fundaron estos señores para rechazar a la Avellaneda: sospecho que habrán pensado como el Rey Sabio, que ‘ninguna mujer quanto quier que sea sabidora... non es guisada nin honesta cosa que tome officio de varon, estando publicamente embuelta con los omes, porque se vuelve desvergonzada, e estonce es fuerte cosa de oyrlas, e de contender con ellas’.

Sea lo que fuere, no vacilo en asegurar que la insigne criolla ha debido sufrir amarguísimo desengaño al verse burlada en sus legítimas aspiraciones, tan ardientemente expresadas en esta curiosa correspondencia.

Suyo siempre afectísimo. F. Vior

Aunque doña Emilia considera “de lo más inoportuno y necio” este encabezado, no se siente ofendida por Vior, ya que “un tonto no tiene obligación de acertar”, pero sí siente como ofensa personal el hecho de que esas cartas hayan visto la luz en el preciso instante en el que su nombre parece sonar, en algunos círculos literarios, como aspirante a la Academia.

La respuesta no se hace esperar. Emilia escribe una irónica misiva a Gertrudis Gómez de Avellaneda –fallecida en 1873– con el propósito de alejar aviesas malinterpretaciones y aclarar su postura ante los hechos: “Si a título de ambición personal no debo insistir en postular para la Academia, en nombre de mi sexo creo que hasta tengo el deber de sostener, en el terreno platónico, y sin intrigas ni complots, la actitud legal de las mujeres que lo merezcan para sentarse en aquel sillón, mientras haya Academias en el mundo”.

Si bien existían muchas opiniones favorables a la entrada de mujeres en la institución –como las de Echegaray, Castelar, Giner de los Ríos y el propio Galdós, entre otros–, doña Emilia es plenamente consciente de la animadversión que despierta su persona en muchos otros casos, además de comprender lo que significa el muro infranqueable de opiniones como las de Valera, enraizadas en la mentalidad del siglo XIX: “En la mujer quiso Dios dar ayuda semejante a él (...), es en la mujer pecaminosa rebeldía contra los decretos de la Providencia

el afán de tornarse sobrado independiente del hombre y de campar por sus respetos”.

No es de extrañar, teniendo en cuenta el carácter de la coruñesa, que después de recibir respuestas como esta: “La Academia siente mucho no poder resolver en armonía con sus deseos la cuestión de la Sra. Condesa de Pardo Bazán por no consentirlo sus Estatutos, y el respeto que le merecen tradicionales acuerdos de la Academia que forman, por decirlo así, parte de su interna constitución”, doña Emilia replicase con orgullo al galante ofrecimiento de Valera para tomar asiento durante una recepción: “Gracias, don Juan. Ya nos sentaremos en ellos algún día las mujeres por derecho propio”.

Aunque la escritora decide considerarse una especie de aspirante “platónica” perpetua a la Academia, más por cuestión de principios que de ambición personal, no dejó nunca de satirizar, con cierta pesadumbre, la escasa formación intelectual de los nuevos miembros que fueron ocupando vacantes o el oscuro sistema de elección. Teniendo en cuenta el escaso número de mujeres que en la actualidad son miembros de número en la Academia, la pretensión de doña Emilia tal vez resultase en su momento una labor más propia de titanes que de una tenaz luchadora. Al final de su vida, fatigada de tantas batallas, inevitablemente vencida por los años, la escritora responde en una entrevista a la pregunta sobre sus intentos por formar parte de la institución: “No, no he entrado...”.

CINCO

Casi anochece cuando salgo de la Real Academia Española. En la escalinata de los Jerónimos corre un aire fresco que aligera la cabeza, embotada de consultar manuscritos. Atrás quedan la letra apretada de doña Emilia, el papel adelgazado por el tiempo y la caligrafía que tal vez no tenga oportunidad de ver nuevamente. “Solo lo escrito permanece”, recordaba la escritora, y es muy posible que suceda de ese modo, aunque algunas veces ni tan siquiera así. El desperdigado testimonio de esta correspondencia que intento reunir, ¿puede dibu-

jar, aunque sea con trazo incompleto, los matices de una relación que se mantuvo inquebrantable durante tantos años?

Hacia la izquierda, perdida entre el tráfico y las multitudes, se intuye la Ronda de Atocha, esquina Hospital General, el lugar donde el carruaje de Emilia esperó en vano la llegada de don Benito el día de su “brutal franqueza”, en febrero de 1889. En sus cartas, la escritora reconoce con humildad que siente el “corazón oprimido” ante el daño que lamenta haber causado a quien profesa tan hondo afecto. Más aún le duele la bondad de Galdós, cualidad que ella valora mucho, al perdonar su falta. Don Benito se siente enfermo y triste. La relación amorosa se interrumpe durante los primeros meses del año, y no será hasta principios de la primavera cuando asistamos a los “brincos y saltos del espíritu” de la apasionada Emilia al recibir las palabras de Galdós. Es de suponer que durante este tiempo de aflicción e insomnio, como él mismo le ha manifestado, don Benito se debatiese entre su necesidad de Emilia –de su amor, de su afinidad intelectual, de su alegría vital– y el doloroso recuerdo de la infidelidad.

La relación se reanuda bajo esa “alegría triste” que a Galdós parece causarle cierta pesadumbre y que Emilia, en cambio, considera sana y fortalecedora. La intensa correspondencia de estos meses evidencia la naturaleza de un amor singular, enraizado en una profunda penetración intelectual, pero también las diferencias entre dos personalidades sólidas, dispuestas a mantener sus propios criterios y su fracción de innegociable independencia.

Galdós busca una relación tranquila, discreta, alejada de las maledicentes “hablillas” que tanto le incomodan. También parece proponer a Emilia algún tipo de sujeción moral, casi conyugal, más en consonancia con lo establecido por la sociedad. Algo que ella no está dispuesta a confirmar: “¿Qué ¿no has sido feliz esas últimas tardes? ¿No me dabas el alma hasta las últimas raíces? ¿Pues por qué te atormentas con eso?”.

Doña Emilia se muestra apasionada, necesitada de un amor arrebatado y pleno: “Soy exigente y donde entro aspiro a llenarlo todo”. El simple afecto le resulta insuficiente y le confiesa al cauto Galdós los peligros de un prolongado aislamiento sobre su corazón: “Hubo

ocasiones en que nuestra excesiva separación exterior me mortificó, me enfrió y me llenó de tristeza: yo conocía que así estaba bien, que tenía V. razón sobrada; todo era verdad; pero allá en mi alma quedaba un vacío”. Con todo, Emilia es plenamente consciente de la situación en la que se encuentran. A pesar de la discreta separación matrimonial, sigue siendo una mujer casada a ojos de la sociedad, y como tal reconoce: “No tengo derecho a disputarte a nadie”. No solo se muestra comprensiva con los escarceos amorosos de Galdós, sino que bromea alegremente con ellos, segura de lo insustituible de su amor para el escritor. Fiel a sus convicciones, declara: “Ante la moral oficial no tengo defensa, pero tú y yo se me figura que vamos un poco para nihilistas en eso”. En la plenitud exultante de su reconciliación, convencida del amor que ella le inspira a don Benito, su idea de la relación parece alejarse, una vez más, de cualquier convencionalismo: “Construyamos así, con la libertad del arte, la situación que la sociedad podría darnos hecha y que tendríamos que soportar entonces”.

Tampoco en lo que respecta a su emancipación económica está dispuesta Emilia a ceder un ápice de su independencia. Galdós debe de haberle sugerido algún tipo de ayuda en ese sentido a lo que ella, cariñosa y firme, responde: “Respecto a mi emancipación, yo creo que te hablé de eso; no sé si despacio, pero de que te hablé estoy segura. ¿Qué hubieras podido hacer tú en ello, vida mía? Nada. Aprobar mi opinión, y se acabó (...). En suma he de ser yo misma quien me emancipe, y malo será que con un poco de constancia no logre ganar lo suficiente para vivir, con el decoro a que estoy acostumbrada, el tiempo que no esté con mis padres”.

En medio del estrépito humano de este Madrid primaveral, tomo rumbo hacia San Bernardo. La casa en la que vivió doña Emilia subsiste con una placa amarilla que pasa fácilmente inadvertida. Un espacio anónimo, un portal oscuro, la sólida madera de los escalones, desgastados y pulidos, se encaraman hacia el presente. No queda nada de las inquilinas de dos siglos atrás, sepultados los olores, las voces y los objetos por el implacable transcurso del tiempo. Solo la imaginación es capaz de fijarse en la figura femenina que sube las escaleras, recogiendo el vestido, apoyando la mano cansada en la barandilla,

desvaneciéndose como un fantasma en el ruido callejero. No muy lejos de San Bernardo se encuentra la calle de la Palma, Palmstrasse en el lenguaje de los enamorados. Allí, a la altura de la iglesia de las Maravillas, donde se acumulan los balcones atiborrados de ropa y de geranios maltrechos, me pregunto si seguirá en pie algún edificio de la época, si será alguna de estas ventanas el “asilo” de los amantes, el pequeño refugio ante las miradas indiscretas o inquisidoras. Descorro los visillos del tiempo en un ejercicio tal vez infructuoso. ¿Quién es el caballero que algunas tardes espera discretamente junto a la iglesia? ¿Cómo era Galdós?

En los retratos conocidos aparece como una persona alta, delgada, de bigote generoso, ojos pequeños y penetrantes. Su aspecto general de hombre sereno, tocado apenas por cierto desaliño bohemio, transmite la atractiva melancolía a la que Emilia era tan sensible. De salud frágil, reservado en su vida privada, prudente en lo público, Galdós acostumbraba a perderse por los barrios populares con la mirada atenta del novelista que prefiere leer en los renglones callejeros antes que en ningún libro; generoso con los amigos y cariñoso con la chiquillería, amante de la pacífica vida doméstica y de una mansa perseverancia en sus convicciones. Ya de anciano, cuenta quien lo conoció que le gustaba escribir con la carpeta en las rodillas, cerca de una taza de café fuerte y leche muy caliente, con la capa sobre los hombros, la boina azul, ahuyentando los rigores del invierno. Soltero empedernido, vivió siempre con su madre, sus hermanas o sus tías, aunque eso no le impidió mantener múltiples relaciones amorosas, más o menos duraderas, más o menos intensas o satisfactorias. Los testimonios de la época lo describen como un hombre enamorado y un seductor de mirada chispeante y ademanes lentos.

También Galdós compartía con doña Emilia la afición a los viajes. En septiembre de ese mismo año 1889, después de dos tentativas frustradas, el escritor consigue entusiasmar a Emilia en la “escapada europea”. En ocasiones anteriores, el respeto y la distancia que le imponía Galdós como maestro, o cierto discreto recelo de la coruñesa, le habían hecho declinar las propuestas. El viaje por tierras

alemanas representará la plenitud vital y amorosa de los amantes. Juntos visitarán Fráncfort, Zúrich, Núremberg... entre otros lugares que la escritora recogerá posteriormente en sus crónicas *Por Francia y por Alemania*, aunque, por supuesto, sin el deleite amoroso que plasmará en sus cartas.

A su regreso, don Benito pospone su llegada a Madrid prolongando la estancia en Santander. Emilia no alcanza a comprender, después del éxtasis viajero, la tenacidad de Galdós en mantener el alejamiento. La correspondencia continúa durante el otoño, en los mismos términos apasionados en los que Emilia no duda en pedirle que vuelva: “Pero tú, bobito, ¿qué haces ahí? ¿Cómo no has de padecer neuralgia en ese húmedo clima y sin distracción? ¿Sin mí? Tan pronto convalezcan los tuyos, vente, vente sin tardar más; vente en *alas del vapor* que ya me faltas”. Es posible que don Benito haya iniciado, como ha hecho en otras ocasiones, un alejamiento con el que pretende que la pasión amorosa se diluya suavemente en una afectuosa amistad.

La vida continúa para ambos. La preocupación por la enfermedad de Jaime hace que doña Emilia regrese a Marineda y la muerte de su padre, en marzo de 1890, la sume en una profunda desolación. En 1891 se instala con su familia en Madrid y emprende la aventura del *Nuevo Teatro Crítico*. Don Benito se ha comprado una casa en Santander y en enero de 1891 nace María, fruto de su relación con Lorenza Cobián. En otoño de ese mismo año, Galdós se encuentra inmerso en la adaptación teatral de *Realidad*, empresa que propiciará un nuevo acercamiento entre los literatos.

En estas mismas fechas, doña Emilia realiza para *La Época* una serie de artículos sobre los lugares de trabajo de algunos escritores. Por supuesto, describe el de Galdós. Con su natural desenfado, la escritora comenta la necesidad de renovar la gastada tapicería o las carencias decorativas según sus propios gustos. Sin embargo, más allá de la alegre jovialidad de sus descripciones, se adivina la sutileza de su genio al retratar “el condenado oficio”, como decía Galdós, en las resmas de cuartillas a medio corregir, en los libros manoseados y marcados, en la ternura del detalle insignificante: “A los pies de la maltratada

poltrona, una manta de Lucena para envolver las rodillas: –Galdós es muy friolero, a fuer de africano–”, la inevitable nostalgia del recuerdo de un viaje que solo don Benito sabría comprender: “A la izquierda de la puerta de entrada, un estante cargado de libros, y en cuya repisa se confunden cacharros traídos de los viajes, porcelanas y lozas de Stratford-on-Avon y Delft”.

El paseo de Emilia por el estudio de Galdós es un homenaje sincero a alguien que admira profundamente, pero también, en gran parte, una forma de agrídulce despedida: “Este interesante rincón va a desaparecer de la corte española. Galdós, en lo sucesivo, trabajará en Santander y vendrá a Madrid a observar, distraerse y reposar de su abrumadora tarea. En Madrid libará, y cargado con su botín, volará a orillas del Cantábrico a transformarlo en miel. Ya le veo sonreírse cuando lea este párrafo... ‘¡Yo abeja!’... Abeja, sí, y melificadora como la más pintada. Solo que las mieles de la realidad les saben a hiel a los bobos”.

Aceptación de las circunstancias de la vida, inevitable añoranza del pasado, serena y discreta reflexión sobre el presente guían las palabras de Emilia una tarde lluviosa del invierno de 1893. La escritora se dirige, con emotiva sinceridad, a su amigo del alma: “Hoy es domingo, llueve, nada me apremia: puedo escribir a mi gusto. Yo no sé si V. creará lo que voy a decirle, y es que me falta un elemento necesario para mi equilibrio ¿moral? con faltarme la compañía y la cháchara de V. No puedo aislar, tratándose de V., las dos mitades de nuestro ser humano: hay una identificación extraña del cariño anterior a nuestra amistad íntima, de esa amistad, y de la nostalgia que siempre me produjo y producirá su falta, y al enlace de estos sentimientos no puedo darle nombre, porque V. no ignora que el idioma es pobrísimo para expresar los matices ricos y variados del afecto. Lo que puedo asegurar es que no me basta verlo a V. y encontrarle en los pasillos de un Teatro o hablarle desde una butaca, y que cuando así le hablo y le veo, en el mismo instante, mi imaginación le ve de otro modo (...). Esto me sucede, y como me sucede se lo digo a V.; pero como he visto que V., desde hace algún tiempo, no experimenta o no parece experimentar necesidad

de esta íntima comunicación, he creído que debía ajustarme a su orden de sentimientos y no exhibir el mío, por mil y mil razones que V. comprenderá sin que yo se las detalle. (...) yo no me creo indispensable; nuestro carácter es distinto; V. se basta, por ser naturalmente reservado y porque gustó de la soledad antes que se la hiciesen grata las mil decepciones de este pícaro *métier*. Sea como sea: yo... le quiero mucho”.

MONDARIZ

Un plácido otoño se adueña de los árboles de Mondariz en una tarde húmeda y silenciosa de octubre. El antiguo hotel, convertido en apartamentos, presenta el esmerado aspecto de un retiro de fin de semana. Nadie en los jardines, ni en los bancos que rodean el templete de música. El hospital reumatológico es ahora un exclusivo *spa* y tan solo la Fuente de la Gándara ha mantenido inalterable cierto regusto decimonónico. Mis recuerdos datan de mucho tiempo atrás, cuando la vegetación había invadido pasillos y habitaciones, después del incendio que en 1973 destruyó casi todas las instalaciones. Los hierros retorcidos del invernadero, el esqueleto de la marquesina de entrada, los huecos de las ventanas como ojos de una enorme calavera, todo se acercaba más al ambiente escalofriante de algunas narraciones de doña Emilia que a un cuidado reducto burgués.

Cuando Pardo Bazán comienza a frecuentar las aguas –allá por 1883–, el establecimiento se encontraba en plena expansión: más de trescientos empleados, sesenta habitaciones, un comedor con capacidad para ochocientos comensales, piscina, sala de reposo. Instalaciones a las que se fueron añadiendo una huerta, un invernadero, un campo de críquet, una imprenta, una capilla y hasta su propio generador de electricidad. Tampoco en el aspecto estético se había dejado nada al azar: las sedas de la casa Liberty, el lino de sábanas y toallas o el rico mobiliario habían situado al balneario entre los mejores de Europa. Desde aquí escribe en muchas ocasiones a don Benito mientras disfruta de su retiro anual. El testimonio de su paso por estos lugares

permanece, discreto, en un pequeño busto y en las palabras que dejó escritas en el libro de oro del establecimiento.

En 1920, un jovencísimo Vicente Aleixandre visita el balneario de Mondariz. Por aquel entonces el lugar “adolecía ya de grave decadencia”, en palabras del poeta. Viejos generales con levita y alguna dama enigmática conformaban la estampa de un mundo en extinción. En el pequeño parque frente al hotel se arremolinaba un grupo de gente alrededor de una figura: “Un rostro grueso y caduco –techador, un adventicio bucle de pelo blanco–; un rostro ancho y corto, con facciones muy juntas. Solo allí fina, fruncida con el último desdén, la nariz. La papada, en oleada postrera, descansaba directamente sobre el pecho. Porque no había cuello. Como si un peso enorme sobre la cabeza la hubiera hundido en el tronco (...). La cabeza descansaba allí casi postizamente, como sobre una mesa. El cuerpo, en los escarpes de la decrepitud, era sostenido y rehecho por una cerrada armadura erecta, tras la que se adivinaba la masa blanda e inerme, con vagas reminiscencias de muy lejanas variedades o especies de la escala vital”.

Los estragos del tiempo cercaban a doña Emilia pocos meses antes de su muerte. En enero de ese año había muerto Galdós. La salud del escritor canario había empeorado en las últimas décadas: una hemiplejía le obligaba a escribir con lápiz, varias operaciones de cataratas no frenaron la pérdida de la visión. Escribía al dictado o se hacía leer por familiares y amigos. En sus últimas apariciones públicas era ya un hombre debilitado por la enfermedad, frágil, al borde de la pobreza. La prensa del 4 de enero de 1920 recoge innumerables testimonios del multitudinario entierro que recorrió las calles de Madrid. La capilla ardiente, instalada en el Patio de Cristales del Ayuntamiento de Madrid, recibe la consternación de personalidades del mundo cultural y político. Emilia Pardo Bazán fue de las primeras en acudir.

La correspondencia entre ambos escritores disminuye considerablemente a partir de 1900. La intensa vida social de doña Emilia se ha reducido prácticamente al ámbito familiar. Los años y las desilusiones la han vuelto precavida, si bien se mantendrá siempre fiel a sus

más íntimas amistades. Nunca dejará de apoyar y defender a Pérez Galdós. No solo escribirá encomiosas críticas sobre las adaptaciones teatrales de varias de sus obras, sino que recriminará abiertamente –en un artículo publicado en 1914– a los que no suscriban un homenaje benéfico destinado a paliar el precario estado económico en el que se encontraba don Benito al final de sus días. También doña Emilia será una de las que con más empeño reclamará una estatua en honor del escritor canario, al que siempre consideró la máxima figura narrativa de su siglo.

Pero aquel otoño de 1920 en Mondariz, doña Emilia habla a su reducida concurrencia agitando una mano todavía grácil y delicada de la que el joven poeta Alexandre se queda prendado: “Era una mano melancólica y dulce, mano sobrevivida, pequeña, grata. Seguramente templada, con un calor de otro tiempo”. Un tiempo en el que ella se refugiará manteniendo la admiración hacia el esplendor artístico de épocas pasadas, mientras que los más jóvenes la van sepultando literariamente en el olvido. A pesar de eso, doña Emilia seguirá escribiendo relatos breves para sus colaboraciones periodísticas o artículos de crítica literaria, donde una vez más demuestra su disciplinada capacidad de trabajo y el deseo de mantenerse en la brecha cultural del país.

El transcurso de los años va envolviendo a los dos escritores. En una de sus últimas cartas a Galdós, con motivo de la muerte de un familiar doña Emilia escribe: “Las frases de las cartas de pésame, se me figura que dirigidas a V. llevan algo de sello de ridiculez o falsedad. En estos dolores sinceros no consuelan reflexiones ni ofrecimientos; ¡quién es capaz de saber lo que consuela en el pícaro trayecto de la vida! A veces nada y a veces lo más insignificante. Pues yo ansío que venga a V. esa cosilla indefinible y mínima que alivia el sufrimiento (...). ¡Cómo se nos van cayendo las hojas, amigo mío! Y llegará nuestra vez...”. Atravieso el pequeño parque del balneario sembrado de hojas amarillas, mientras me vienen a la cabeza sus palabras.

Aquí se termina un camino iniciado hace ya algunos años en Marineda. La breve semblanza de Emilia Pardo Bazán ofrecida en estas

páginas es solo un acercamiento a una de las personalidades más singulares de la literatura española del siglo XIX. Las cartas aquí reunidas intentan reconstruir una relación colmada de momentos de plenitud o de inevitable desengaño y melancolía. Estas mismas cartas me llevaron a lugares en los que creí encontrar alguna huella de la intensa vida que los llenó. Pero como doña Emilia sabía, solo la palabra escrita conserva el poder de detener la existencia, y convertirse en el tembloroso recuerdo de un tiempo que se fue.